

Lev Tolstói

Anna Karenina

Traducción directa del ruso y nota preliminar
de Juan López-Morillas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Anna Karenina*

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor.

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1990

Quinta edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Charles Giron: *La parisina* (detalle).

Musée de la Ville de Paris, Musée du Petit-Palais, París

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción y nota preliminar: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-403-7

Depósito legal: M. 9.030-2021

Composición: Grupo Anaya

Impreso en

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota preliminar
- 15 Principales personajes de *Anna Karénina*

- Anna Karénina
- 21 Primera parte
- 175 Segunda parte
- 336 Tercera parte
- 491 Cuarta parte
- 600 Quinta parte
- 751 Sexta parte
- 907 Séptima parte
- 1036 Octava parte

Nota preliminar

«El propósito de un escritor no consiste en resolver una cuestión de una vez para siempre, sino en obligar al lector a ver la vida en todas sus formas, que son infinitas.» Esa declaración de Lev Tolstói (o, más propiamente, Lev Nikoláyevich Tolstói, 1828-1910), aplicable a todas sus obras de ficción, lo es de modo especial a *Anna Karénina* (1877). En ésta, segunda de sus grandes novelas, la colaboración de lector y escritor es inexcusable; trátase de una simbiosis en que uno y otro se complementan para alcanzar la recta comprensión de la obra. A tanta novela «cerrada» –el cacareado *roman bien fait*– del siglo pasado, en que el autor es una especie de taumaturgo que atiende a todos los detalles, descifra todos los arcanos y ata todos los cabos sueltos –relegando al lector al papel de mero espectador de su destreza o impericia–, Tolstói opone la novela «abierta», en la que los entes de ficción son, en nuestro primer trato con ellos, nebulosos o equívocos, y sólo se perfilan y revelan, y no siempre por completo, en el contexto vital en que se mueven. Esto, si vale la pena subrayarlo, es lo que acontece cuando nos encontramos con personas en la vida real, y al incorporarlo en sus ficciones Tolstói amplía

al par que cierra la etapa de la gran novela realista –mejor se-
ría llamarla «clásica»– del siglo XIX.

La idea germinal de *Anna Karénina* se remonta, al parecer, a tres años antes de que Tolstói empezara a escribirla en 1873. En 24 de febrero de 1870 la esposa del novelista apuntó en su diario: «[mi marido] me ha dicho que ha ideado un tipo de mujer de la alta sociedad que incurre en adulterio. Dice que la cuestión está en presentar a esa mujer no como culpable, sino como digna de compasión, y que tan pronto como concibió ese tipo de mujer, los personajes, incluso los hombres que él había imaginado anteriormente, hallaron sus lugares pertinentes y se agruparon en torno a ella». A esta figuración inicial vino a unirse más tarde un suceso real que produjo en Tolstói honda impresión: la amante de un propietario vecino suyo se suicidó arrojándose bajo un tren en una estación cercana a Yásnaia Poliana, finca del novelista. Lo ficticio y lo real acabaron, pues, por fundirse en lo que habían de ser causa y efecto de la tragedia de la protagonista.

Pero la historia de Anna que, acaso por ser la más infausta, hace que ésta monopolice el título de la novela es sólo una de tres «historias conyugales» de que se compone la obra: *a*) la del matrimonio Karenin (Alekséi Aleksándrovich y Anna); *b*) la del matrimonio Oblonski (Stepán Arkádich y Dolly); y *c*) la del matrimonio Liovin (Konstantín Dmítrich y Kitty). Aunque las tres historias siguen órbitas diferentes, están, no obstante, trabadas por vínculos familiares que se localizan en el matrimonio Oblonski: Anna es hermana de Stepán Arkádich («Stiva»), cuya esposa, Dolly, es a su vez hermana de Kitty, esposa de Liovin. En cierto modo, es lógico que el matrimonio Oblonski ejerza esa función vinculante, ya que, moral y socialmente, ocupa un lugar intermedio entre el matrimonio por mera fórmula y convención de los Karenin y el matrimonio por acendrado amor y mutua devoción de los Liovin. Cada una de estas tres «historias conyugales» está a su vez marcada por una preocu-

pación cardinal: la de los Karenin por el adulterio de Anna; la de los Oblonski por la infidelidad de Stiva y las estrecheces económicas de la familia, y la de los Liovin por los quehaceres agrícolas y los escrúpulos espirituales y morales de Liovin mismo.

En realidad, la novela entera está saturada de las preocupaciones éticas de Tolstói, quien, durante su composición, empezó a dar muestras de la crisis espiritual que iba a alterar de raíz el curso de su vida personal, social y literaria. En ese respecto es significativo el texto de San Pablo que sirve de epígrafe a la obra: «Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor» (Romanos, XII: 19), ya que con él Tolstói ratifica en forma lapidaria su aceptación de la justicia retributiva que descarga sobre quienes quebrantan la ley moral. Pero la vindicación que proviene de una deidad justiciera no es la única forma de castigo que interesa al autor. También le fascina la variante mundana –humana, muy humana– de «represalia» o «desquite». Y de ella vemos ejemplos en muchos de los personajes que transitan por las páginas de *Anna Karénina*: Karenin, Anna, Vronski, Dolly, aun el mismo Liovin... todos ellos sienten en mayor o menor medida, con mayor o menor constancia, el propósito de vengarse del daño real o ilusorio que de otra persona han recibido.

Bien conocida es la ojeriza con que Tolstói se encara con la sociedad en mucha de su obra literaria y doctrinal. Siguiendo en ello a Rousseau, su maestro espiritual, atribuye a la sociedad y a las instituciones derivadas de ella (Estado, religión, derecho, organismos culturales, ciencia, literatura, arte, etc.) el origen de los males que han afligido al hombre en el curso de la historia y han contribuido a su gradual envejecimiento. De éste quedan parcialmente exentos los que han vivido extramuros de la sociedad y desdeñados por ella: de ahí el genuino interés y respeto que patentiza Tolstói por el campesino ruso. La novela presente refleja la inquina tolstoiana ante la sociedad. Aunque Anna es castigada por su contravención de la ley mo-

ral, es la sociedad misma, que a cada paso contraviene cínicamente esa ley, la que merece el castigo; y Tolstói la condena por la perfidia hipócrita con que, aislando a Anna, la empuja implacablemente al suicidio.

Casi toda la crítica de Tolstói ha señalado que, a partir de *Una confesión* (1879), obra en que el gran escritor da cuenta con notable candor de su «conversión» religiosa y moral, Tolstói parece escindir-se en dos: el escritor y el misionero, con la agravante de que el segundo anatematiza lo que el primero ha publicado hasta entonces. Pero, aparte de que la escisión no fue tan radical como se ha dicho, como lo prueban obras que compuso después de 1879 (*La muerte de Iván Ilich*, *Jadzhi Murat*, *Resurrección*), el hecho es que el novelista inyectó una intención moral en todas sus obras, como lo demuestran *Guerra y paz* y *Anna Karénina*, ambas anteriores a la conversión. Y ello sencillamente porque Tolstói nació con una quisquillosa sensibilidad ética, atento a una «voz interior» (otra vez Rousseau) que le incitaba de continuo a dilucidar la dimensión moral de cualquier acción humana.

En ningún personaje de *Anna Karénina* se percibe esa sensibilidad ética tan acabadamente como en Liovin. Hay evidencia de que éste fue concepción tardía, de que no figuraba en los esbozos tempranos de la obra. Pero de seguro Tolstoi intuyó que la historia de Liovin podía servir de aleccionador contraste a la de Anna: en aquélla se ofrecía la imagen del matrimonio legítimo presidido por el amor conyugal creador de la familia; en ésta, la de la unión ilícita presidida por la pasión demoníaca destructora de la vida doméstica. Pero, además, en unos años en que, como los de la composición de *Anna Karénina*, Tolstói bregaba con angustiosas inquietudes y contradicciones, Liovin le ofrecía la tentadora posibilidad de objetivarlas, de mirarlas cara a cara, de plasmar en ese personaje retazos de su propia vida, física, moral y espiritual. Por eso se ha dicho con razón que Liovin es un «argumento ambulante». Como tal, se une a

los otros personajes «autobiográficos» que pueblan las ficciones tolstoianas: Olenin (*Los cosacos*), Andréi Bolkonski y Pierre Bezújov (*Guerra y paz*), Pózdnyshév (*La sonata a Kreutzer*), Nejlíúdiv (*Resurrección*), etc.

Se ha dicho más de una vez que la sana naturalidad de Tolstói le lleva a esquivar muchas de las convenciones narrativas y estilísticas de la novela del siglo XIX. Esa naturalidad ha sido en alguna ocasión condenada como fruto de una actitud antiliteraria, lo que, en realidad, nada tiene de extraño, habida cuenta del desprecio con que el novelista miró siempre al literato profesional y a la literatura como oficio. Así, pues, quien busque en sus creaciones los malabarismos de dicción, los adornos efectistas y las sutilezas musicales de la novela «trabajada» al estilo de Flaubert, Turguénev o Henry James quedará defraudado. Lo que, en cambio, nos ofrece esa naturalidad, en lo tocante a sus criaturas de ficción, es una intensa sensación de presencia inmediata, de humanidad palpitante, en una palabra, de verdad. Los personajes tolstoianos son llanamente lo que su índole hace que sean.

Juan López-Morillas

Principales personajes de *Anna Karénina*:

Los Oblonski

Stepán Arkádich Oblonski (Stiva), príncipe: esposo de Daria Aleksándrovna Scherbátskaya y hermano de Anna Arkádievna Karénina (de soltera Oblónskaya).

Anna Arkádievna Karénina (de soltera Oblónskaya), esposa de Karenin y hermana de Stepán Arkádich Oblonski.

La familia Scherbatski

Aleksánder Scherbatski, príncipe: padre de Daria (Dolly), Natalia y Katerina (Kitty).

Scherbátskaya, princesa: esposa del anterior.

Daria Aleksándrovna Oblónskaya (de soltera Scherbátskaya) («Dolly»), princesa: hija mayor de los Scherbatski y esposa de Stepán Arkádich Oblonski (Stiva); hermana de Natalia y de Kitty.

Natalia Aleksándrovna Lvova (de soltera Scherbátskaya) («Kitty»), princesa: hija segunda de los Scherbatski y esposa de Arseni Lvov; hermana de Dolly y de Kitty.

Katerina Aleksándrovna Scherbátskaya («Kitty»), princesa: hija menor de los Scherbatski; hermana de Dolly y de Natalia.

La familia Karenin

Alekséi Aleksándrovich Karenin, marido de Anna Arkádievna Karénina (de soltera Oblónskaya).

Serguéi Alekséyevich Karenin («Seriozha»), hijo de Anna Arkádievna Karénina y de Alekséi Aleksándrovich Karenin.

Los Lióvin

Konstantín Dmítrich Lióvin, hermano de Nikolái y hermanastro de Serguéi Ivánovich Koznyshev.

Serguéi Ivánovich Koznyshev, hermanastro de Konstantín y Nikolái Dmítrich Lióvin.

Nicolái Dmítrich Lióvin, hermano de Konstantín y hermanastro de Serguéi Ivánovich Koznyshev.

Maria Nikoláyevna («Masha»), compañera de Nikolái Dmítrich Lióvin.

Los Vronski

Alekséi Kiríilovich Vronski, conde.

Vrónskaya, condesa, su madre.

Otros personajes relevantes

Lidia Ivánovna, condesa: amiga de Karenin.

Elizaveta Fiódorovna Tverskaya («Betsy»), princesa, prima de Vronski.

Várenka, dama de compañía de Madame Stahl.

Anna Karénina

Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor.
(Romanos, XII: 19)

Primera parte

1

Todas las familias felices se asemejan; cada familia infeliz es infeliz a su modo.

Todo iba manga por hombro en casa de los Oblonski. La esposa, enterada de que el marido andaba en relaciones íntimas con una muchacha francesa que había sido institutriz en la casa, había anunciado que no podía seguir viviendo con él bajo el mismo techo. Tres días duraba ya esta situación, que afectaba penosamente no sólo a los esposos, sino a todos los miembros de la familia y a la servidumbre. Cuantos vivían en la casa juzgaban absurdo que marido y mujer siguieran viviendo juntos, y creían que si por casualidad se juntasen unas cuantas personas en una hospedería, se sentirían más ligadas entre sí que el matrimonio, los familiares y los criados de los Oblonski. La esposa no salía de sus habitaciones y el marido no había asomado por su domicilio en tres días. Los niños corrían a su antojo por toda la casa; la institutriz inglesa, que se había disgustado con el ama de llaves, había escrito a una amiga pidiéndole ayuda para encontrar una nueva colocación; el cocinero ha-

bía tomado la puerta el día anterior a la hora de la comida y la fregona y el cochero habían pedido que se les ajustara la cuenta.

Tres días después de la riña, el príncipe Stepán Arkádich Oblonski –Stiva, como se le llamaba en sociedad– se despertó a la hora habitual, o sea, a las ocho de la mañana, no en la alcoba de su esposa, sino en un diván de cuero en su despacho. Como si aún quisiera volver a dormir un buen rato, dio la vuelta en el mullido diván a su cuerpo robusto y bien cuidado, abrazó la almohada por el otro lado y hundió en ella la mejilla; pero se incorporó de pronto, se sentó en el diván y abrió los ojos.

«Sí, sí, ¿cómo era eso? –pensaba, tratando de recordar el sueño–. Sí, ¿cómo era eso? ¡Ah, ya! Alabin estaba dando una comida en Darmstadt; no, no era en Darmstadt, sino en un sitio americano. Sí, pero es que Darmstadt estaba en América. Eso es, Alabin estaba dando una comida en mesas de cristal, sí, y las mesas estaban cantando *Il mio tesoro*; pero no era *Il mio tesoro*, sino algo mejor, y había unas garrafitas pequeñas, y éstas también eran mujeres», decía haciendo memoria.

Los ojos de Stepán Arkádich brillaron de alegría, y sonriente, empezó a discurrir: «Sí, aquello era bonito, pero que muy bonito. Allí había mucho que era estupendo, pero que no se puede expresar con palabras y ni siquiera cuadra con las ideas que uno tiene cuando está despierto». Y notando una franja de luz que se deslizaba por el borde de una de las cortinas, sacó los pies alegremente del diván, buscó a tientas con ellos las pantuflas que, en cordobán dorado y como regalo de cumpleaños, le había confeccionado su mujer y, según costumbre de nueve años, alargó la mano, sin levantarse, hacia el lugar donde en el dormitorio colgaba su bata de noche. Y entonces, de repente, recordó por qué no estaba durmiendo en la alcoba de su mujer, sino en su propio despacho; frunció el ceño y la sonrisa se borró de su rostro.

—¡Ay, ay, ay! ¡Oh!... —murmuró recordando todo lo ocurrido. Y en su imaginación se representó de nuevo, con todo detalle, el altercado que había tenido con su mujer, la situación sin salida en que se hallaba y, lo peor de todo, su propia culpa.

«No, no me perdonará y no puede perdonarme. Y lo más horrible de todo es que la falta es mía, sólo mía, aunque no soy culpable. Ahí está el quid de todo este drama —pensaba—. ¡Ay, ay, ay!», repetía desesperado, recordando las sensaciones más penosas que la querrela le había causado.

Lo más desagradable había sido el primer instante cuando, al volver alegre y contento del teatro, trayendo en la mano una pera enorme para su esposa, no había encontrado a ésta en el salón; con gran sorpresa suya, tampoco la había encontrado en el despacho, y por fin la había hallado, con la carta desdichada, que todo lo revelaba, en la mano.

Ella, su Dolly, siempre preocupada, siempre atareada, mujer de cortos alcances, según la opinión que de ella tenía, estaba sentada, inmóvil, con la carta en la mano, y le miraba con expresión de horror, desesperación y cólera.

—¿Qué es esto? ¡Esto! —preguntó señalando la carta.

Y, como a menudo ocurre, lo que más atormentaba a Stepán Arkádich al recordarlo no era tanto el hecho mismo como la manera en que había contestado a esas palabras de su mujer.

En ese instante le había sucedido lo que sucede a las personas a quienes se sorprende cometiendo alguna acción vergonzosa. No había logrado ajustar su semblante a la situación en que el descubrimiento de su desliz le ponía ante su mujer. En lugar de darse por ofendido, renegar de todo, justificarse, pedir perdón, incluso permanecer indiferente (cualquier cosa hubiera sido mejor que lo que había hecho), su rostro, de modo absolutamente involuntario («acción refleja del encéfalo», pensaba Stepán Arkádich, que era aficionado a la fisiología), de modo absolutamente involuntario, decimos, se sonrió con su sonrisa acostumbrada, bonachona y, por ello mismo, estúpida.

No podía perdonarse esa sonrisa estúpida. Al notar esa sonrisa, Dolly se estremeció como presa de un dolor físico, se disolvió, con el ardor que le era peculiar, en un torrente de palabras crueles y salió volando de la habitación. Desde entonces se había negado a ver a su marido.

«Esa sonrisa estúpida es la que tiene la culpa», pensaba Stepán Arkádich.

«¿Pero qué hacer? ¿Qué hacer?», se preguntaba desesperado, sin dar con la respuesta.

2

Stepán Arkádich era hombre veraz en todo lo que concernía a su propia persona. No podía engañarse a sí mismo diciéndose que se arrepentía de su conducta. Siendo un hombre de treinta y cuatro años, bien plantado y enamorado, no iba a arrepentirse ahora de no amar a su esposa, madre de cinco hijos vivos y dos muertos, y sólo un año menor que él. De lo único que se arrepentía era de no haber sabido ocultarle mejor el caso. No obstante, sentía todo el apuro de su situación y se compadecía de su mujer, de sus hijos y de sí mismo. Quizá hubiese podido ocultarle mejor sus pecados de haber previsto el efecto que en ella iba a provocar el enterarse de ellos. Nunca había reflexionado con claridad sobre esta cuestión, salvo la vaga suposición de que desde tiempo atrás su cónyuge sospechaba que le era infiel y hacía la vista gorda. Más aún, se había figurado que, siendo ya ella una mujer extenuada, envejecida, sin atractivos y por ningún concepto notable, y sí sólo una buena madre de familia, debería mostrarse indulgente, aunque sólo fuera por un sentimiento de equidad. Pero las cosas habían resultado de manera muy diferente.

«¡Oh, esto es horrible! ¡Ay, ay, ay! ¡Pero qué horrible! –se repetía Stepán Arkádich sin poder pensar en otra cosa–. ¡Con

lo bien que iba todo hasta ahora! ¡Y con lo bien que nos llevábamos! Ella tan contenta y tan feliz con los niños; yo no la estorbaba en nada; la dejaba trajinar con ellos a su gusto y llevar la casa como le venía en gana. Ciertamente que no estaba bonito que *la otra* estuviese de institutriz en nuestra casa. ¡No, no estaba nada bonito! Es algo trivial, grotesco, eso de cortejar a la propia institutriz. ¡Pero qué institutriz! –Recordaba vivamente los pícaros ojos negros y la sonrisa de Mlle. Roland–. Pero, al fin y al cabo, mientras estuvo en nuestra casa yo no me propasé. Y lo peor de todo es que ella ya está... ¡Como si se me echara encima la mala suerte! ¡Ay, ay, ay! Pero, vamos a ver, ¿qué hacer?»

No había otra respuesta que la general que da la vida a toda pregunta enrevesada e insoluble. Esa respuesta es: hay que vivir conforme a las exigencias del día, es decir, olvidarse uno de sí mismo. Olvidarse soñando era ya imposible, al menos hasta que llegara la noche; ya no podía volver a la música que cantaban esas garrafitas-mujeres; por lo tanto, tendría que olvidarse en el sueño de la vida.

«Ya veremos», se decía Stepán Arkádich. Se levantó, se puso la bata gris forrada de seda azul, se anudó el cinturón de borlas, hinchó con hondo resuello el ancho y desnudo pecho, se acercó a la ventana con el habitual paso firme de unos pies que, apuntando hacia afuera, transportaban con tanta ligereza su cuerpo robusto, levantó la cortina y tiró fuertemente de la campanilla. A la llamada acudió al momento su viejo amigo, el ayuda de cámara Matvéi, que le traía la ropa, los zapatos y un telegrama. Tras Matvéi entró también el barbero con los admi-nículos de afeitar.

–¿Han traído algunos papeles de la oficina? –preguntó Stepán Arkádich, cogiendo el telegrama y sentándose ante el espejo.

–Están en la mesa –respondió Matvéi, mirando a su señor con inquisitiva simpatía; y tras breve pausa agregó con artera sonrisa–: Han mandado por los cocheros.